

Aldasoro, Thais

Avellón Calvo, Mónica

González-Serrano , Fernando

Jarast, Ricardo

Jiménez Pascual, Ana María

Martín Tarrasón, Sergio

Palacio-Espasa, Francisco

Panera, Consuelo

Ponce de León, Ema

Tapia, Xabier

N.º 56
2º semestre

2013

Cuadernos de Psiquiatría y Psicoterapia del Niño y del Adolescente

SEPΨPNA

SOCIEDAD ESPAÑOLA DE PSIQUIATRÍA Y
PSICOTERAPIA DEL NIÑO Y DEL ADOLESCENTE

Miembro de la International Association Child and Adolescent Psychiatry and Allied Professions
de la European Federation for Psychoanalytic Psychotherapy in the Public Sector y
de la Federación Española de Asociaciones de Psicoterapeutas (F.E.A.P.)

ISSN: 1575-5967

LA INFANCIA Y ADOLESCENCIA DE JAMES BALLARD*

JAMES BALLARD'S CHILDHOOD AND ADOLESCENCE*

Ricardo Jarast**

RESUMEN

Este trabajo recorre la infancia y adolescencia del escritor inglés J. G. Ballard a través de su obra y de sus recuerdos autobiográficos. Sus vivencias de infancia en Shangai, sus recuerdos sobre la guerra, su internamiento en el campo de concentración de Lunghua, su paso por el internado... son narrados a través de su propia voz.

ABSTRACT

This paper traces the childhood and adolescence of the English writer J. G. Ballard through his work and his autobiographical memories. His childhood experiences in Shanghai, his memories of the war, his internment in the concentration camp of Lunghua, his years in the boarding school... are narrated through his own voice.

En estos primeros años del siglo XXI, la voz de Ballard debe escucharse. Es una voz singular, llena de matices, que proceden de una experiencia arraigada en las contradicciones del siglo en que nació: el siglo de los campos de concentración, que Ballard sufrió en su niñez en Oriente; el siglo de las vanguardias que han transformado el concepto de arte y con las que su obra mantiene una rica dialéctica; el siglo de la ciencia-ficción como instrumento literario de reflexión filosófica,

cuyas fronteras trasciende Ballard hasta elaborar obras paradigmáticas sobre el estado actual de la sociedad.

Nacido en 1930 en Shanghai, donde sus padres eran miembros de la colonia británica, tuvo una infancia exótica y aventurera en China al vivir la invasión japonesa y ser internado con su familia en un campo de concentración japonés. Esa experiencia dramática la narró en su novela más conocida, la autobiográfica *El imperio del sol* que Spielberg llevó a la pantalla en 1987.

Ballard regresó al Reino Unido de adolescente y nunca pudo adaptarse al mundo gris y cerrado de la sociedad británica de posguerra. Estudió Medicina durante dos años, y la anatomía y la disección forman parte integrante de su literatura. También se enroló en la fuerza aérea donde realizó el curso de piloto, y el imaginario de los aviones y el vuelo aparece en sus textos.

A mediados de los años cincuenta se casó con Mary que falleció trágicamente en 1963 en Alicante durante unas vacaciones en familia. El escritor sacó adelante a sus tres pequeños hijos y después de un tiempo formó pareja con Claire Walsh durante cuarenta años. Ballard falleció en abril de 2009 a consecuencia de un cáncer de próstata. Había revelado su enfermedad y que no esperaba curación, un año antes, en su autobiografía *Milagros de vida*: sus tres hijos eran sus milagros de vida.

* Ponencia presentada en el XXV Congreso Nacional de SEPYPNA que bajo el título "La Infancia Temprana: Repercusiones en el Desarrollo Posterior" tuvo lugar en Valencia los días 19 y 20 de abril de 2013. Reconocido como actividad de interés científico-sanitario por la Conselleria de Sanitat de la Generalitat Valenciana.

** Psiquiatra de la Unidad de Salud Mental Infanto-juvenil del Hospital Universitario V. Macarena de Sevilla. Miembro titular de la APM, APA y API.

Las imágenes, sueños y experiencias traumáticas de la China devastada por la guerra, le acompañaron toda la vida y forman parte de su mundo creativo en el que hay una conexión fructífera con su inconsciente que se expresa en su gran capacidad para el simbolismo y las metáforas.

Las piscinas vacías, los edificios deshabitados, los night-clubs y hoteles abandonados, los desiertos, son algunos de los paisajes oníricos que pueblan sus cuentos y novelas que provocan sentimientos de extrañeza y familiaridad. En una ocasión, entrevistado por el periodista Jacinto Antón, afirmó que no necesitaba drogas para imaginar sus mundos. “No hay droga como la mente”, dijo.

Admirador de los pintores surrealistas, estuvo muy interesado por el mundo artístico y se vinculó a los movimientos vanguardistas de los sesenta. En una ocasión incluso organizó una exposición de automóviles destrozados en accidentes, un tema que le obsesionaba y que sublimó en su novela *Crash* de 1973, después llevada al cine por David Cronenberg.

En el prólogo de la edición francesa de *Crash* escribe:

“En el pasado, dábamos siempre por supuesto que el mundo exterior era la realidad, aunque confusa e incierta, y que el mundo interior de la mente, con sus sueños, esperanzas, ambiciones, constituía el dominio de la fantasía y la imaginación. Al parecer esos roles se han invertido. El método más prudente y eficaz para afrontar el mundo que nos rodea es considerarlo completamente ficticio y recíprocamente, el pequeño nodo de realidad que nos han dejado está dentro de nuestras cabezas. La distinción clásica de Freud entre el contenido latente y el contenido manifiesto de los sueños, entre lo aparente y lo real, hay que aplicarla hoy al mundo externo de la llamada realidad.”

Entiendo que el papel, la autoridad y la libertad misma del escritor han cambiado radicalmente. Estoy convencido de que en cierto sentido el escritor ya no sabe nada. No hay en él una actitud moral. Al lector sólo puede ofrecerle el contenido de su propia mente, una serie de opciones y alternativas imaginarias. El papel del escritor es hoy el de un hombre de ciencia, en un safari o en el laboratorio, enfrentado a un terreno o tema absolutamente desconocidos. Todo lo que puede hacer es esbozar varias hipótesis y confrontarlas con los hechos.”

Crash no trata de una catástrofe imaginaria sino de un cataclismo pandémico institucionalizado en todas las sociedades industriales, y que provoca cada año miles de muertos y millones de heridos. ¿Es lícito ver en los accidentes de automóviles un siniestro presagio de una boda de pesadilla entre la tecnología y el sexo? He tratado el automóvil no sólo como una metáfora

sexual sino también como una metáfora total de la vida del hombre en la sociedad contemporánea. Es una advertencia contra ese dominio de fulgores estridentes, erótico y brutal, que nos hace señas llamándonos cada vez con mayor persuasión desde las orillas del paisaje tecnológico”.

“HOLA SEÑOR BALLARD, SOY USTED”

Escribe Ballard:

“Otro momento sobrecogedor durante el rodaje de El imperio del sol, tuvo lugar cuando estaba en el decorado de Sunningdale y un niño de doce años disfrazado se acercó a mí y dijo: “Hola señor Ballard, soy usted”. Era Christian Bale, que interpretó a Jim de forma brillante, cargando prácticamente con todo el peso de la película sobre sus hombros. Detrás de él había dos actores que rondaban los cuarenta, disfrazados también, quienes sonrieron y dijeron: “Y nosotros somos su madre y su padre”. Eran veinte años más jóvenes que yo en aquella época, y tuve la extraña sensación de que los años intermedios habían desaparecido y volvía a estar en el Shang-hai de la guerra”.

LA MUERTE DEL NIÑO INTERIOR

El imperio del sol habla de la muerte, prematura y traumática del niño interior, de la precoz entrada en la madurez de ese Jim que iba a ser Ballard. El Christian Bale de *El imperio del sol* entierra a su niño interior con sus propias manos, sin haber salido aún de la infancia. La metáfora se hace explícita en una escena: el intento de resurrección de ese kamikaze muerto que, por unos segundos, se convierte en el cadáver del niño que fue Jim. Es una de las dos escenas de *El imperio del sol* que dejan claro que la película de Spielberg habla, en el fondo, del nacimiento de un escritor. La otra es la escena en la que Spielberg vio la película que iba a filmar: el deslumbramiento del joven Jim frente a los Mustangs americanos que bombardean el campo de concentración japonés de Lunghua.

Al final de la escena, el Dr. Rawlins, el médico, rescata a Jim de la azotea y éste, en completo

estado de excitación, habla entre otras cosas, de esa pista de aterrizaje pavimentada con los huesos de los prisioneros. Esa pista que, si las cosas hubieran sido de otra manera, también podría haber sido pavimentada con los huesos del propio Jim y del Dr. Rawlins. “¡Intenta no pensar tanto! ¡No pienses tanto!” le grita el doctor mientras le agarra los brazos.

Jim piensa demasiado, no puede mirar la realidad sin interpretarla, sin escarbarla.

RECORRAMOS PASO A PASO LA NIÑEZ Y ADOLESCENCIA DE BALLARD

Me basaré en los recuerdos autobiográficos de Ballard. Shanghai

“Shanghai era una de las ciudades más grandes del mundo, como lo sigue siendo ahora, en un más de noventa por ciento china y cien por ciento americanizada. Las estafalarias exhibiciones públicas formaban parte de la realidad cotidiana, aunque a veces me pregunto si el elemento del que carecía la ciudad era precisamente, la realidad cotidiana.

Los cinco millones de chinos tenían libre acceso a la Colonia Internacional, y la mayoría de las personas que veía por las calles eran chinas. Creo que había unos cincuenta mil extranjeros: británicos, franceses, estadounidenses, alemanes, italianos, suizos y japoneses, y un gran número de rusos blancos y refugiados judíos.

Con sus periódicos en todos los idiomas y sus montones de emisoras de radio, Shanghai era una ciudad mediática adelantada a su época, considerada el París de Oriente y la “ciudad más pecaminosa del mundo”, aunque de niño yo no sabía nada de sus miles de bares y burdeles. El capitalismo sin límites recorría llamativamente las calles llenas de mendigos que exhibían sus llagas y heridas. Shanghai era importante a nivel comercial y político y durante muchos años fue la base principal del Partido Comunista Chino.

Los camiones del Ayuntamiento de Shanghai recorrían a diario las calles recogiendo los cientos de cuerpos de indigentes chinos que morían de inanición en las aceras de la ciudad. Las fiestas, el cólera y la viruela coexistían con los trayectos de un niño inglés en el Buick familiar hasta la piscina del club de campo.

Cuando vuelvo la vista atrás y pienso en la educación de mis hijos en Shepperton, me doy cuenta de la cantidad de cosas que tuve que asimilar y digerir. En cada paseo en coche que daba por Shanghai, sentado con la niñera rusa Vera, veía algo extraño y misterioso, pero me parecía normal. Creo que esa era la única forma posible de ver el caleidoscopio radiante y a la vez sangriento que era Shanghai.

Shanghai me parecía un lugar mágico, una fantasía autogeneradora capaz de dejar muy atrás mi tierna mente. Siempre había algo raro e incongruente que ver: unos grandes fuegos artificiales que celebraban la apertura de un nuevo club nocturno, mientras los carros blindados de la policía de Shanghai embestían contra una multitud vociferante de obreros amotinados.

Hoy parece un decorado en muchos aspectos, pero en

su día era real, y creo que una parte de mis obras de ficción han constituido un intento por evocarla a través de otros medios aparte de la memoria.

Al ser un niño de cinco o seis años, debía de aceptar todo aquello sin pensar, así como el trabajo agotador de los culis que descargaban los barcos en el puerto, hombres de mediana edad con venas prominentes en las pantorrillas que se tambaleaban y suspiraban bajo el peso enorme que colgaba de los balancines de sus hombros, moviéndose a paso lento en dirección al almacén de los comerciantes chinos. Luego se sentaban en cuclillas con un cuenco de arroz y una hoja de col que les daba la energía necesaria para soportar aquellas monstruosas cargas. En Nanking Road, los niños mendigos perseguían nuestro coche y daban golpecitos en las ventanillas gritando: “No mamá, no papá, no whisky con soda...”.

El hogar de los Kendall-Ward era completamente opuesto al del 31 de Amherst Avenue, mi casa, y ha sido para mí una influencia que ha durado toda mi vida. Mi madre se mostraba cordial pero distante con todos los amigos que llevaba a casa. Las relaciones entre padres e hijos eran mucho más formales en los años treinta y cuarenta, y nuestra casa era un buen reflejo de ello, un espacio casi catedralicio de suelos, de parquet pulido y muebles de ébano. En cambio, la casa de los Kendall-Ward era un refugio desordenado, lleno de perros que ladraban, criados que discutían y el ruido de la motosierra del señor Kendall-Ward al cortar la madera contrachapada mientras los tres hermanos y yo patinábamos por las habitaciones y nos desmadrábamos en general. Yo sabía que aquella era la forma correcta de educar a los niños. Allí las apariencias no contaban para nada, y a todo el mundo se le animaba a seguir sus propias ideas, por disparatadas que fueran. La señora Kendall-Ward daba el pecho a su bebé en público, algo que solo hacían las mujeres chinas.

El sueño del imperio inglés se truncó cuando Singapur se rindió sin oponer resistencia y nuestros aviones demostraron que no estaban a la altura de los pilotos japoneses de los cazas Zero que contaban con un adiestramiento superior. A los once o doce años ya sabía que los noticieros patrióticos no lograrían recomponer el rompecabezas británico. A partir de entonces, me mostré ligeramente receloso ante todos los adultos británicos”.

La invasión japonesa (1937)

“En Shanghai, después de la invasión japonesa, la casa a la que nos trasladamos tenía una piscina vacía.

Debía ser la primera piscina vacía que veía, y me parecía extrañamente significativo de un modo que todavía no he acabado de entender. Mis padres decidieron no llenar la piscina y permaneció en el jardín como una misteriosa presencia vacía. Yo atravesaba el césped sin cortar y me quedaba mirando su fondo inclinado. Oía los bombardeos y los disparos por todo Shanghai, y veía la inmensa cortina de humo que cubría la ciudad, pero la piscina vacía permanecía apartada. En los años venideros vería una gran cantidad de piscinas vacías y medio vacías cuando los residentes británicos se marchaban de Shanghai a Australia o Canadá y todas parecían tan misteriosas como la primera que vi. Yo no era consciente de la evidente simbología con el menguante poder británico, pues entonces nadie pensaba en ello, y la confianza en el Imperio británico estaba en su punto más álgido de patriotismo. Hasta el ataque a Pearl Harbor, y algo después, se daba por sentado que con el envío de unos cuantos buques de guerra de la Marina Británica, los japoneses se escabullirían de nuevo hacia la bahía de Tokio. Ahora creo que la piscina vacía representaba lo desconocido, una idea que no había jugado ningún papel en mi vida. En los años treinta, Shanghai estaba llena de fantasías extravagantes, pero aquellos espectáculos estaban diseñados para promocionar un hotel o un aeropuerto, unos grandes almacenes nuevos, un club nocturno o un canódromo. Nada era desconocido.

Una vez que los ejércitos chinos se hubieran retirado, la vida en Shanghai continuó como si no hubiera cambiado nada. Los japoneses rodeaban la ciudad, pero no hacían el menor intento por enfrentarse al contingente de soldados británicos, franceses o estadounidenses.

Al ver destruidos sus pueblos y arrozales, miles de campesinos indigentes de la cuenca del río Yangtsé acudieron en masa a Shanghai y lucharon por entrar en la Colonia Internacional. Fueron brutalmente rechazados por los soldados japoneses y el cuerpo de policía británico. Vi a muchos chinos a los que habían matado con bayonetas tirados en el suelo entre sus sacos de arroz manchados de sangre. La violencia estaba tan extendida que mis padres y las diversas niñeras nunca intentaban protegerme de la brutalidad imperante.

Supongo que los dirigentes japoneses habían decidido que Shanghai les resultaba más valioso como próspero centro comercial e industrial, y todavía no estaban preparados para exponerse a un enfrentamiento con las potencias occidentales. La mayor parte de mis primeros recuerdos datan de ese período.

En realidad, el mayor peligro al que nos enfren-

tábamos probablemente era los domingos por la tarde cuando viajábamos con nuestros padres y sus amigos a los recientes campos de batalla situados al sur y al oeste de Shanghai. Convoyes de Buick y Chrysler conducidos por chóferes, recorrían la tierra asolada, ocupados por mujeres vestidas con sus mejores galas de seda. Luego el convoy proseguía la marcha y llevaba a todo el mundo de vuelta a la seguridad de la Colonia Internacional y los grandes vasos de ginebra.

En Shanghai lo fantástico, que para la mayoría de las personas existe dentro de sus cabezas, me rodeaba por todas partes. Ahora pienso que mi principal empeño cuando era un muchacho consistía en hallar lo real en medio de todo aquel ensueño. En cierto sentido seguí haciéndolo después de la guerra cuando fui a Inglaterra, un mundo demasiado real. Como escritor, he tratado Inglaterra como si fuera una extraña ficción, y mi tarea ha consistido en obtener la verdad”.

La guerra en Europa (1939)

“Mis primeros escritos infantiles datan de finales de la década de los treinta, tal vez como respuesta a la gran tensión que percibía entre los adultos que me rodeaban. Pocos niños de clase media ven a sus padres sometidos a una gran tensión en época de paz, y a mí me habían educado en la creencia de que mi padre y sus amigos eran figuras que inspiraban seguridad y autoridad. Ahora todo estaba cambiando.

Yo le preguntaba constantemente a mi padre cuándo acabaría la guerra, y recuerdo que él estaba convencido de que duraría varios años. En aquel punto difería de muchos ingleses de Shanghai, que seguían creyendo que las fuerzas británicas derrotadas en Extremo Oriente se reorganizarían y vencerían rápidamente a los japoneses. Incluso yo, a mis once o doce años, sabía que aquella era una peligrosa ilusión. Había visto a los soldados japoneses de cerca y sabía que eran más fuertes, estaban más disciplinados y contaban con un mando mejor que los soldados británicos.

En muchos sentidos, la vida en Shanghai infundía una especie de optimismo inconsciente a los residentes europeos. Al vivir en un centro de capitalismo empresarial ilimitado, todo el mundo creía que todo era posible. Como último recurso, el dinero les permitiría evitar cualquier peligro pagando. La inmensa metrópoli en la que nació había sido erigida en poco más de treinta años a partir de una serie de pantanos bajos y había atraído a perplejos visitantes de todo el mundo”.

El campo de Lunghua (1943)

Finalmente los japoneses entraron en la Colonia Internacional y Ballard, su hermana menor y sus padres fueron al campo de concentración de Lunghua.

“En conjunto, escribe Ballard, era un mundo relajado y tranquilo que yo no había conocido nunca, salvo durante nuestras vacaciones, y mantuve esa primera impresión favorable hasta el final, cuando las condiciones del campo empeoraron de forma evidente. Disfruté de mis años de Lunghua, hice un gran número de amigos de todas las edades y en general me sentía alegre y optimista, aunque las raciones de comida disminuyeron hasta casi desaparecer; las infecciones cutáneas me cubrieron las piernas, la malnutrición me provocó un prolapso rectal y muchos adultos estaban decaídos.

Sin embargo, aquello ocurrió dos años más tarde, y en la primavera de 1943 yo estaba encantado de poder disfrutar al máximo de mi nuevo mundo. Mis padres me dejaban estar fuera a todas horas, y cuando empecé a explorar todos los rincones del campo, conocí a una multitud de personajes peculiares, aburridos, agradables y desagradables.

En muchos sentidos, el campo se convirtió en mi nuevo Shanghai, con mil cosas por investigar y disfrutar, y cien recados que hacer a cambio de un viejo ejemplar de Life o un destornillador que nadie quería.

El campo de Lunghua albergaba a dos mil prisioneros, de los cuales trescientos eran niños. La mayoría eran británicos, holandeses y belgas, pero había un grupo de treinta marinos mercantes estadounidenses que habían sido capturados a bordo de un carguero.

En Lunghua me desarrollé y saqué el máximo provecho de los años que pasé allí. Tengo la impresión de que durante el primer año de internamiento, la vida en el campo fue tolerable para mis padres y la mayoría del resto de los adultos. Había muy pocas disputas entre los prisioneros, a pesar del angosto espacio, los mosquitos de la malaria y las escasas raciones. Los niños iban regularmente a la escuela, y había concurridos programas de actos deportivos y sociales, clases de idiomas y conferencias. Puede que todo fuera una ilusión necesaria, pero durante un tiempo surtió efecto y mantuvo alta la moral de todo el mundo.

La gente todavía tenía muchas esperanzas de que la guerra terminara pronto, y a finales de 1943 la derrota final de Alemania parecía segura.

La consecuencia más importante que el internamiento tuvo para mí fue que por primera vez en mi vida estaba muy unido a mis padres. Dormía, comía, leía, me vestía

y desnudaba a escasos centímetros de ellos en la misma habitación pequeña, como las familias chinas más pobres que tanta lástima me daban en Shanghai. Pero disfrutaba de aquella proximidad, que imagino ha constituido una parte central del comportamiento humano a lo largo de su evolución.

Yo florecí en medio de aquella intimidación, y creo que los años que pasamos juntos en aquel pequeño cuarto tuvieron un profundo efecto en mí y la forma en que crié a mis propios hijos. Tal vez el motivo por el que he vivido en la misma casa de Shepperton durante casi cincuenta años y para desesperación de todo el mundo, siempre he preferido arreglar las cosas a comprarlas de nuevo, incluso cuando me lo podía permitir, es que mi pequeña y desordenada casa me recuerda a nuestra habitación del campo de Lunghua.

Cuando se acabó la guerra en 1945 y salimos del campo, lo echaba de menos en muchos sentidos y a los cientos de personas de todas las edades que había conocido. Echaba de menos las partidas de ajedrez y a los marineros estadounidenses y las chicas que se aconsejaban cómo coquetear. Allí me sentía más en casa que en el 31 de Amherst Avenue. La cárcel, que tanto recluye a los adultos, ofrece oportunidades ilimitadas a la imaginación de un adolescente. Cuando salía de la cama por la mañana, mientras mi madre dormía bajo su mosquitera andrajosa y mi padre trataba de prepararle un poco de té, cientos de posibilidades me aguardaban cada día”.

Haciendo frente a las adversidades

Después de la guerra Ballard viaja a Inglaterra.

“El invierno era helado e Inglaterra estaba congelada.

La primera impresión que me llevé de Inglaterra se me quedó grabada vivamente en la memoria durante años. Puede parecer una impresión innecesariamente hostil, pero no difiere de la que el país causó a los innumerables soldados estadounidenses y los estudiantes de Canadá y Estados Unidos que conocí en Cambridge. Incluso teniendo en cuenta la larga y agotadora guerra, Inglaterra parecía abandonada, oscura y medio en ruinas.

Al mirar a los ingleses que me rodeaban, resultaba imposible creer que hubieran ganado la guerra. Se comportaban como una población derrotada. Hablaban como si hubieran ganado la guerra, pero actuaban como si la hubieran perdido. Era evidente que estaban agotados por ella y que esperaban poco del futuro. Todo se racionaba o era imposible de conseguir.

Me di cuenta muy rápidamente de que la Inglaterra en cuya creencia me había educado, era una fantasía total.

La clase media inglesa había perdido la seguridad. Incluso las personas relativamente adineradas, como los amigos de mis padres – doctores, abogados, directores generales –, llevaban un estilo de vida muy modesto, con casas grandes pero poco calientes y una dieta insulsa y muy escasa.

Por primera vez en mi vida, conocí a un gran número de personas de clase obrera con una variedad de acentos regionales que requerían un oído educado para ser descifrados. Para mí eran una inmensa mano de obra explotada en una situación no mucho mejor que la de los trabajadores industriales de Shanghai. Creo que me quedó claro desde el principio que el sistema de clases inglés, al que me enfrentaba por primera vez, era un instrumento de control político y no una pintoresca reliquia social. A finales de los años cuarenta y durante los cincuenta, las personas de clase media veían a la clase trabajadora casi como una especie distinta y se protegían de ellos tras un complejo sistema de códigos sociales.

Con su culto ancestral y su reverencia al “Dios salve al rey”, Inglaterra necesitaba liberarse de sí misma y de las ilusiones a las que se aferraban las personas de toda condición social respecto al lugar de Gran Bretaña en el mundo. La mayoría de los adultos británicos que conocí creían sinceramente que habíamos ganado la guerra con escasa ayuda, a menudo más bien un estorbo, de los estadounidenses y los rusos. En realidad, habíamos sufrido pérdidas enormes, nos habíamos visto consumidos y empobrecidos, y teníamos pocas cosas que nos hicieran ilusión aparte de la nostalgia.

¿Pagaron los ingleses un terrible precio por el sistema de autoengaños en el que se sustentaron casi todos los aspectos de sus vidas? La pregunta parecía brotar de las calles de aspecto abandonado y los lugares en los que habían estallado bombas la primera vez que fui a Inglaterra, y tuvieron un gran peso en mis problemas para establecerme allí. Me obsesionaba la conflictiva percepción que tenía de mi persona, y me animaba a pensar en mí mismo como un forastero y un inconformista de por vida. Seguramente eso me llevó a convertirme en un escritor dedicado a hacer predicciones y, si es posible, a provocar cambios”.

Leys School, 1946-1949

“La vida en un internado inglés contribuyó a la extrañeza de la que estuvo constituida mi adolescencia.

Entonces, a los dieciséis años, descubrí a Freud y los surrealistas, una andanada de bombas que cayó delante de mí y destruyó los puentes que dudaba en cruzar.

Las obras de Freud eran fáciles de encontrar a finales de los años cuarenta pero las reproducciones de cuadros surrealistas eran muy difíciles de hallar. Freud seguía siendo en cierto modo objeto de bromas académicas y todavía faltaban décadas para que los surrealistas alcanzaran algún tipo de respeto crítico.

Este rechazo no hizo más que despertar mi interés por Freud y los surrealistas. Creía firmemente, y lo sigo haciendo, que los psicoanalistas y los surrealistas eran una llave para alcanzar la verdad sobre la existencia y la personalidad humana, y también una llave para conocerme a mí mismo.

El tono sereno e imperioso de Freud, su plácida conjetura de que el psicoanálisis podía desvelar toda la verdad sobre el hombre moderno y sus insatisfacciones me atraían poderosamente. Y al mismo tiempo, el rechazo de los surrealistas a la razón y la racionalidad, su confianza en el poder de la imaginación para rehacer el mundo, resonaban vigorosamente en mis tentativas como aspirante a escritor.

En sexto superior pasé el examen de acceso al King’s College y me reuní con el profesor encargado de las admisiones. Me había presentado con la intención de estudiar psicología, pero en aquella época no había una facultad independiente de psicología en Cambridge, y me dijo que tendría que estudiar filosofía, que contenía una pequeña parte de psicología. “¿Qué quieres hacer cuando te licencies?”, me preguntó. Cuando le dije que estaba realmente interesado en la psicología, me dijo que necesitaría un título médico. La medicina que parecía lindar con la psicología patológica y el surrealismo, me interesaba, de modo que accedí en el acto. Naturalmente mis padres quedaron encantados.

Cuando me marché de Leys por última vez y entré en el mundo de los adultos, me sentí más seguro respecto al futuro de lo que había sentido desde que había llegado a Inglaterra. En los dos últimos años había leído mucho, había experimentado continuamente con mis relatos y por medio de mis estudios de biología incluso había hallado una vena de misticismo científico en mi imaginación. Estaba contento con la perspectiva de convertirme en psiquiatra y sabía que ya tenía mi primer paciente: yo mismo. Era perfectamente consciente de que en mis motivos para estudiar medicina habían influido poderosamente mis recuerdos de Shanghai, así como los horrores de la guerra en Europa puestos al descubierto en los juicios de Nuremberg. Los chinos muertos que había visto de niño yacían todavía en sus zanjas dentro de mi cabeza, un desagradable misterio que había que resolver”.

Alumno de Cambridge (1949)

“Me pasé dos años estudiando anatomía, fisiología y patología. La instrucción que recibí fue soberbia, las clases lúcidas e inteligentes, y los auxiliares de anatomía que nos examinaban regularmente, eran todos doctores cualificados especialmente en cirugía. La anatomía conllevaba la extensa disección de las cinco partes en que se divide el cuerpo humano. La fisiología y la patología consistían en su mayor parte en examinar platinas por el microscopio, pero la anatomía era un proceso totalmente iniciado por el estudiante y requería horas de paciente aplicación.

Casi sesenta años después, sigo pensando que los dos años que estudié anatomía se cuentan entre los más importantes de mi vida, y me ayudaron a forjar una gran parte de mi imaginación. Tanto antes como durante la guerra en China, había visto muchos cadáveres, algunos muy cerca, y, al igual que el resto de la gente, había suprimido mi respuesta emocional diciéndome: “Es horrible, pero por desgracia forma parte de la vida”.

En 1949, tan solo unos pocos años más tarde, estaba diseccionando seres humanos muertos, retirando las capas de piel y de grasa para llegar a los músculos de debajo, y separándolos luego para dejar al descubierto los nervios y los vasos sanguíneos. En cierto modo, estaba realizando mi propia autopsia de todos los chinos muertos que había visto tirados al borde de la carretera cuando iba al colegio. Estaba llevando a cabo una especie de investigación emocional e incluso moral de mi pasado, al tiempo que descubría el vasto y misterioso mundo del cuerpo humano.

Los años que pasé en la sala de disección fueron importantes porque me enseñaron que, si bien la muerte es el final, la imaginación y el espíritu humano pueden triunfar sobre su propia disolución. En muchos aspectos, toda mi obra de ficción constituye la disección de una profunda patología que había presenciado en Shanghai y más tarde en el mundo de la postguerra, de la amenaza de la guerra nuclear al asesinato del presidente Kennedy, de la muerte de mi esposa a la violencia que sustentó la cultura del ocio en las últimas décadas del siglo. O puede que los dos años que pasé en la sala de disección fueran una forma inconsciente de mantener a Shanghai con vida por otros medios.

Al final de mi segundo año en King’s College supe que había asimilado todo lo que necesitaba de la carrera de medicina. Mi interés por la psiquiatría había sido un caso claro de “Cúrese a sí mismo”. Nunca quise hacer

prácticas en calidad de aprendiz de médico, y los amigos que tenía en hospitales clínicos de Londres me advirtieron de que los años de trabajo agotador retrasarían durante al menos una década cualquier plan de convertirme en escritor.

Le dije a mi padre que quería abandonar la medicina y convertirme en escritor. Él se quedó consternado”.

Hasta aquí la niñez y adolescencia de Ballard.

Para terminar quiero hablar brevemente de la escena final de la película El imperio del sol.

En mi libro Objeto transicional y yo-piel, articulé la teoría del desarrollo emocional primitivo de Winnicott con la teoría del yo-piel de Anzieu: Jim ha salido del campo de Lunghua. Ha estado separado años de su familia (les recuerdo que en realidad Ballard estuvo con su hermana y sus padres allí). Jim no recuerda el rostro de sus padres. No reconoce a su madre. Ella lo llama, se acerca, Jim la mira, le saca el sombrero, le acaricia el cabello, se abrazan y Jim se entristece, se relaja, se entrega y cierra los ojos.

Y en Tiempos difíciles. El siglo XXI y la responsabilidad del psicoanalista, en el capítulo sobre la película Invictus, que trata del largo camino a la libertad de Nelson Mandela, los veintisiete años que pasó en prisión lo moldearon como ser humano. La cárcel le enseñó el dominio de sí mismo, la disciplina y la concentración. A Ballard también.

En el capítulo “Hitlerismo, neofundamentalismo islámico y memoria del testigo”, hablo de la deshumanización y degradación simbólica en los campos de concentración y de la función del testigo.

Ballard fue testigo de muchas cosas y nos las legó.

BIBLIOGRAFÍA

- Antón, J. “Obituario. J. G. Ballard, escritor y gran visionario moderno”, El País, 20 de abril de 2009.
- Ballard, J. G. (1979) Crash, Minotauro, Barcelona (publicado previamente en inglés en 1973).
- Ballard, J. G. (1984) El imperio del sol, Minotauro, Barcelona (publicado previamente en inglés el mismo año).
- Ballard, J. G. (2008) Milagros de vida, Mondadori, Barcelona (publicado previamente en inglés el mismo año).
- Cronenberg, D. (1996) Crash, Fine Line Features (EE.UU.)-Alliance Communications (Canadá)-Recorded Picture Company (Reino Unido).

Jarast, R. (2002) Objeto transicional y yo-piel. Complementariedad clínica de Winnicott y Anzieu, Editorial Promolibro, Valencia.

Jarast, R (2013) Tiempos difíciles. El siglo XXI y la responsabilidad del psicoanalista, Ediciones Biebel, Buenos Aires.